

## **Espacios regionales de construcción de la identidad: la clase trabajadora en Brasil después de 1977<sup>1</sup>**

*Antonio Sergio Alfredo Guimaraes  
Nádyá Araujo Castro*

### **I**

EL MOVIMIENTO OBRERO en Brasil a partir de 1977 evidenció claramente lo que Weffort había señalado en 1972: el surgimiento de una nueva concepción de la política sindical. Sin embargo, lo que sustenta esta nueva concepción, con su nuevo estilo de liderazgo, es, sin duda, un proceso más profundo y más complejo de formación de la subjetividad obrera y de su identificación de clase.

La reflexión sobre la naturaleza de ese proceso y el nexo entre la subjetividad obrera, la identificación de clase y sus objetivos determinantes han preocupado a algunos de los principales teóricos del movimiento obrero y del sindicalismo en Brasil.

De hecho, una rápida ojeada a la literatura científica señala un conjunto de hipótesis sobre la naturaleza, la estructura y la acción de los sindicatos que buscan correlacionar el origen cultural y social de los trabajadores con su comportamiento sindical y político.

Así, para Albertino Rodrigues (1974) el obrero brasileño se

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo se presentó en el Grupo de Trabajo sobre "Clase Obrera y Sindicalismo" del XI Encuentro Anual de la Asociación Nacional de Post Graduados e Investigaciones en Ciencias Sociales (ANPOCS), celebrado en Aguas de San Pedro, en 1987. Se desarrolló en el curso de las actividades del proyecto "Formación de la clase de los trabajadores químicos y petroquímicos: sus determinantes materiales —economía, política y cultura", en cuyo equipo de coordinación participaron los autores, que agradecen el apoyo financiero recibido del CNPq y de la ANPOCS-Ford.

formó a partir de dos corrientes culturales constitutivas —el obrero europeo y el inmigrante rural nacional—, las cuales produjeron dos orientaciones de acción: una libertaria y la otra pragmática.

El peso de la inmigración europea, y el predominio en ella de las ideas socialistas y anarquistas, produjo, hasta los años veinte, un tipo de sindicalismo libre, de acción directa, que alejaba al movimiento obrero tanto del Estado como de las burocracias sindicales, en oposición a la ideología, también europea pero minoritaria, que privilegiaba el *business union*.

Según Rodrigues, aquella primera vertiente ideológica se volvió secundaria en los años veinte, con la ascensión de los comunistas “caboclos” (gente que viene del campo) que imprimen una marca burocrática al sindicalismo libertario. A partir de los años treinta el predominio del obrero “caboclo”, portador de una ideología difusa y tradicionalista, se expresa, en su vertiente de-rechista, en el tipo de sindicalismo oficial institucionalizado por la Consolidación de Leyes del Trabajo (CLT) y, en su vertiente izquierdista, por un acuerdo del “sindicato burocrático de masas” con esta estructura oficial “que nunca llegó a estar en las nóminas”. Así, en lo concerniente a la acción y a la conciencia política, siguiendo esta línea de razonamiento, el proletariado brasileño habría evolucionado de forma inversa al europeo. Sería de esperar, por tanto, una futura inversión de sus tendencias históricas: de “clase-para-sí” en las décadas de los diez y los veinte, regresaría a “clase-en-sí” en la de los treinta y debería retornar a “clase-para-sí” cuando desaparecieran, o amainaran, los factores decididos en el acuerdo.

Albertino Rodrigues agrupa estos factores en tres dimensiones:

1. Socioculturales: “El origen predominantemente rural, o por lo menos del interior, del obrero hace que él vea su migración a los grandes centros industriales del país como un proceso de ascensión social. Su concepción ‘cabocla’ del mundo y su situación dentro de las esferas sociales más deprimidas lo colocan en una posición desfavorable en la lucha por nuevos valores, que él espera obtener como regalo antes que conseguirlo a través de nuevas técnicas organizativas.”

2. Políticosociales: “El mismo origen ya mencionado de nuestro proletario hace que el ambiente patriarcal condicione patro-

nes de conducta tales que él acostumbra ver a la figura del patrón como ‘el gran padre’ o ‘el gran jefe’.”

3. Institucionales: “En la práctica las ventajas de la CLT produjeron la desaparición de las reivindicaciones político-sindicales realizadas, sobre todo, por el movimiento sindical, trayendo como consecuencia la aceptación, a pesar de que éste buscara asumir el papel de fiscalizador en la aplicación, de las leyes del trabajo y del Seguro Social. Con la creación del Impuesto Sindical, los sindicatos desempeñan, también, funciones que no son propiamente de representación de clase; se convirtieron así, a gran escala, en entidades asistenciales, que acaban por configurar el cuadro integrativo que el sistema sindical brasileño desempeña junto a la masa de los trabajadores” (Rodrigues, 1974:108-109).

En el cuadro que sigue se sintetiza la tesis de Albertino Rodrigues sobre la influencia que ejercen el origen cultural y las tendencias políticas de los trabajadores en la ideología y el tipo de organización sindical de Brasil.

Albertino Rodrigues: consecuencias ideológicas y organizativas del origen cultural y tendencias políticas de los trabajadores brasileños

<i>Origen cultural</i>	<i>Tendencia política</i>	<i>Consecuencias</i>	
		<i>Ideológicas</i>	<i>Organizativas</i>
Extranjero	Libertaria	Anarcosindicalista	Acción directa
	Pragmática	reformista	burocrática
Rural/nacional	Libertaria	Comunismo	El CGT como cúpula
	Pragmática	Trabajismo	El MTB como cúpula

Vianna (1978) hace críticas muy pertinentes a este tipo de corriente interpretativa, tanto en el aspecto teórico-metodológico como en el empírico. Teóricamente, al atribuir al origen rural de los nuevos contingentes trabajadores una ilimitada capacidad explicativa, su interpretación se restringe a las “motivaciones individualistas egoístas” de los individuos que los constituyen, desconociendo factores estructurales como la formación del capitalismo en el país, la formación del Estado y el enfrentamiento entre las clases y las instituciones legales que regulan el mercado de trabajo.

Metodológicamente, el error consistiría en tratar el compor-

tamiento obrero y sindical como una determinación en sí misma, independiente de la política del Estado, y por fuera, por lo tanto, de un contexto histórico más amplio. En términos empíricos, Vianna cuestiona la tesis valiéndose de dos argumentos. Primero, porque sería incorrecto ignorar el “profundo impacto sufrido por el movimiento obrero después de su gran agitación, llevada a cabo durante los años 17 y 18, cuando su precaria organización y la ausencia de un proyecto político definido no le permitieron alcanzar la victoria correspondiente a la magnitud de las acciones que condujo”. Segundo, porque el movimiento sindical de los años diez “formuló y reivindicó del Estado una legislación protectora del trabajo, por fuera, por lo tanto, de los marcos ideológicos y políticos de ‘acción directa’” (p. 19).

Vianna, por su lado, desarrolla una interpretación que evita los elementos subjetivos de explicación, como la tendencia ideológica a los intereses demostrados, de hecho, por el conjunto de los trabajadores. Su análisis privilegia los liderazgos y las organizaciones de clase. Él se mueve en el cuadro de las determinaciones estructurales y de las relaciones de fuerza y poder para señalar como problema: ¿se hizo lo mejor que se pudo por la clase en la defensa de sus intereses generales (predefinidos), dadas las circunstancias históricas?

La interpretación de Vianna se basa en dos suposiciones. Primero, que el desarrollo del país se hubiera dado por una vía autoritaria, garantizada por un compromiso entre las facciones agraria e industrial de la burguesía; ese compromiso se expresaba institucionalmente con la vigencia de la CLT en las ciudades; por la continuidad, en el campo, del mando de un cacique, y por una sobrerrepresentación de los estados menos desarrollados en el poder legislativo. Segundo, que la CLT, como instrumento de dominación de los trabajadores urbanos, sería funcional sólo en un contexto político autoritario.

Para Vianna, el contexto liberal después de 1945 permitiría que “la compleja urdimbre de la red de dominio sobre la vida asociativa de los asalariados se revertisiera, al ocurrir el aseñoramiento de los sindicatos provocado por el movimiento obrero libre, haciéndolos firmes cabezas de puente para apoyar su penetración al interior del aparato estatal, a través de la propia estructura vigente” (p. 21).

Para él, las disfuncionalidades de las instituciones corpora-

tivistas bajo el liberalismo eran alarmantes. Así, el salario mínimo, que debería funcionar como “parámetro general para la fijación de los salarios”, pierde esta función frente a la combatividad obrera que generaliza la huelga como forma de lucha y desvía, de esta forma, a la Justicia del Trabajo de su papel de gestor de la política salarial. Del mismo modo, la ley de la estabilidad, que debería “solidarizar a los asalariados con el sistema de control de la CLT, se vuelve no funcional cuando el volumen del ejército industrial de reserva se expande en abundancia”. Además de esto, dicho instituto pasó a favorecer el “aumento del peso relativo de los sindicatos en el interior de la empresa, debido a que los liderazgos estables no podían demitirse” (p. 21). Hasta el impuesto sindical, “creado para viabilizar la perpetuación en el poder de los liderazgos privilegiados, en las manos de un sindicalismo libre se vuelve un poderoso instrumento para su influencia social” (p. 21).

Vianna cree, por tanto, que la desaparición de estos institutos con el golpe de 1964 representa el “destrozamiento de la compleja estructura elaborada por la CLT” y la transformación de los sindicatos en agencias paraestatales. Para consolidarse, esa transformación, “dado el nivel de movilización independiente anterior”, dependió de una “refinada eficacia represiva” y del “mantenimiento de un consenso entre las clases, fracciones de clase y élites dominantes con respecto a la política general del Estado, consenso que, por su parte, garantizaba la eficiencia en el uso de los medios de coerción” (p. 22).

Así, cuando a partir de 1973 se divide el bloque en el poder y amaina la represión estatal, nada es más natural que la re-emergencia del movimiento sindical independiente. El hecho realmente nuevo después de 1973 parece consistir, para Vianna, en la amenaza que sufre el movimiento sindical de perder su unidad de acción. Esto debido a que la CLT, que garantizaba la unidad de representación, se había esclerosado con el tiempo, dejando de reflejar las transformaciones realizadas en el mundo fabril.

La línea interpretativa de Vianna es duramente criticada por Weffort (1978). Éste argumenta, al contrario, que hubo un pacto populista en la Tercera República, resultante de una política deliberada de los comunistas y que este pacto no consideraba los intereses manifiestos de los trabajadores de las grandes industrias que se instalaron en el país en la década de los cincuenta.

El análisis que Weffort desarrolla alternativamente privilegia la comprensión de las opciones políticas hechas por los líderes obreros a partir de su ideología y de sus intereses, en el cuadro de las opciones institucionalmente abiertas y en el contexto de la experiencia combativa del conjunto de los trabajadores. Es así como explica la permanencia de la legislación sindical del Estado Nuevo en el contexto de la democracia de 1946, argumentando, al contrario de Vianna, que la CLT es un instrumento de dominación de clase que, lejos de permutarse en su contrario durante el liberalismo, encuentra justamente en él su complemento. La respuesta de Weffort es bien conocida.

Habría, en primer lugar, una política de “orden y tranquilidad” seguida por los comunistas que reproducía las directrices de Stalin sobre “el periodo de desarrollo pacífico” formuladas al final de la guerra. Esa política colaboracionista pasaba por una aceptación, a pesar de que cambia, del sindicalismo corporativista. De cualquier forma, significó una concepción de sindicato que lo acercaba más a un instrumento de movilización que a uno de representación de intereses. Así, si “al inicio la estructura corporativista era vista como una circunstancia inevitable para el acceso a las bases de la clase obrera, después, especialmente durante el gobierno de Goulart..., la estructura corporativista empieza a verse como instrumento institucional adecuado” (parte 2, p. 3).

En segundo lugar, Weffort identifica en la ideología nacionalista y desarrollista de los años cincuenta y sesenta las bases de la alianza política e ideológica de las izquierdas con el populismo. Ideología y alianza que, según él, bloquean “la capacidad de percepción de los grupos políticos en relación con el cambio que se estaba procesando en las bases económicas y sociales del Estado” (parte 1, p. 8).

En tercer lugar, Weffort señala el carácter de “partido del Estado” de las organizaciones políticas de izquierda, principalmente el Partido Comunista Brasileño (PCB), el cual no se habría transformado realmente en un partido obrero. Al contrario, según él, “fue un partido político en el que las ‘funciones de representación de clase’ estuvieron casi siempre subordinadas a las ‘funciones del Estado’, o sea a su actividad como intermediario que busca equilibrar los intereses de la clase que quiere representar, los intereses de los demás partidos y los intereses del

Estado” (parte 3, p. 17). En esa línea de interpretación, Weffort identifica al año de 1958 como aquel en que las organizaciones intersindicales autónomas tienden “a cambiar su eje estratégico de las empresas privadas (PUI) por las empresas públicas o, por lo menos, hacia las empresas de utilidad pública (PUA)” (parte 2, p. 8).

Siguiendo las sugerencias anteriores, pero buscando encontrar el contenido del pacto populista en los intereses inmediatos de las diversas fracciones obreras, Guimaraes (1985) sugiere que para la clase obrera el compromiso de la Tercera República significaba “apoyar un Estado capitalista que seguía una política de desarrollo nacional, garantizando, al mismo tiempo, salario mínimo para los no calificados, estabilidad de empleo para los calificados y ‘empleo vitalicio’ para los servidores públicos”. Excluye explícitamente, como Weffort, los nuevos segmentos de la industria monopolista “debido a que los problemas de las políticas de producción que ellos enfrentan no estaban incluidos por el movimiento sindical”.

Al analizar la re-emergencia del movimiento obrero a partir de 1977, Weffort es claro al identificar como sus principales características, en oposición a las del periodo anterior:

a) estar asentado prioritariamente dentro de las industrias más destacadas; b) tener una fuerte participación de las bases; c) enraizarse en las fábricas y reflejar las reivindicaciones fabriles; d) ser, hasta cierto punto, espontáneo en relación con los partidos y los sindicatos. Estas características ya habían sido notadas en las huelgas de 1968 en Osasco y Contagem (Weffort, 1972).

El nuevo sindicalismo tiene así, para Weffort, características muy diferentes de las del sindicalismo anterior a 1964 y tiende a desarrollar una práctica política independiente y, sobre todo, de clase. La explicación de esa nueva práctica parece residir, según el autor, en la fuerza de los trabajadores del sector dinámico, los cuales pueden imponer nuevas formas de relacionamiento con el empresariado, prescindiendo de la camisa de fuerza que representa la CLT. En otros momentos, sugiere también que el nuevo sindicalismo es la respuesta obrera más adecuada para encarar el desmantelamiento del compromiso de clase del populismo, cuando los sindicatos vieron cortado su acceso al poder. Sigue, así, las sugerencias de Erickson (1977).

Weffort, sin embargo, no llega a formular claramente esas hipótesis explicativas, porque su problemática no lo exige. Será Almeida (1987) la primera que se propone claramente explicar las características del nuevo sindicalismo y del movimiento obrero del final de los setenta. A su parecer, la novedad de este movimiento envuelve tres órdenes de cuestionamientos: el primero se “refiere al surgimiento de una temática reivindicadora que abarca tanto las demandas salariales como los problemas relacionados con las condiciones de trabajo”. El segundo “se refiere a las formas descentralizadas de negociación colectiva de aquellos dos tipos de demandas”. El tercero, finalmente, “expresa las transformaciones de los organismos sindicales, indispensables para convertirlos en instrumentos aptos para una acción sindical más centrada en el universo de la empresa y más preocupada por aumentar el control de los asalariados sobre el proceso de trabajo” (p. 469).

Metodológicamente, Almeida pretende reintroducir la subjetividad obrera como dimensión explicativa al admitir que la nueva temática reivindicadora parece brotar de la experiencia particular de los trabajadores de la gran empresa moderna. Su cuadro de hipótesis, sin embargo, todavía es prisionero de los elementos estructurales de la explicación.

El principal cambio que ella nota entre el sindicalismo populista y el actual es el paso de una problemática obrera marcadamente política a una más propiamente fabril. Esto debido a que el sindicalismo brasileño fue parte de una iniciativa del gobierno y se constituyó en una de las facetas del intervencionismo estatal. Así, la estructura normativa e institucional que definía “los marcos, las formas y los canales legales de confrontación indirecta” transformaba la acción sindical en una acción necesariamente politizada en sus medios. La “presión directa sobre el gobierno se constituía en la estrategia privilegiada de lucha... aun si se trataba de arrancar a las empresas determinados beneficios, particularmente de naturaleza salarial”. Presión politizada en sus fines debido a que había “nexos estratégicos que enlazaban las reivindicaciones salariales con las demandas de cambio en la gestión de la economía”. Almeida encuentra la explicación para esa politización de la acción sindical tanto en una oferta de trabajo superabundante que “minaba la capacidad sindical de negociar directamente con el patrón”, como “en las caracte-

rísticas de una industria que difícilmente podría vivir sin el apoyo gubernamental” (p. 472).

La diversificación de la economía brasileña a partir de la mitad de los años cincuenta provocó, según Almeida, una “diferencia profunda de la estructura productiva en cuanto a los patrones tecnológicos y de productividad, y la consecuente diferenciación del mercado de trabajo en términos de calificación, situación y condiciones de trabajo y salarios, una y otra derivadas de la concentración del progreso técnico y de la modernización en algunos polos de la economía” (p. 477).

Será esa diferenciación interna del obrero, que “tiene como consecuencia la diversificación de los problemas enfrentados, de los intereses y de las reivindicaciones de los distintos grupos de trabajadores”, la que permitirá la emergencia de las nuevas temáticas reivindicadoras, cuyo interlocutor privilegiado es la empresa y no más el gobierno. Al contrario, si el Estado intentara mantenerse innecesariamente como intermediario, los nuevos conflictos serían politizados. El nuevo sindicalismo sería, por tanto, tendencialmente, la expresión organizada de una “aristocracia obrera” en formación.

A manera de conclusión, la contribución de Almeida fue determinante al sugerir hipótesis explicativas para la relación entre la constitución de los segmentos en la estructura ocupacional de la clase trabajadora y la formación de intereses obreros, ya sea en lo referente a las posiciones político-sindicales resultantes, o en los segmentos que reúnen las condiciones objetivas para aglutinar esos intereses en un proceso de contrahegemonía.

Sería Humphrey (1979, 1982) quien enfrentaría de una manera más clara el problema de explicar la formación de la clase obrera brasileña en el momento actual. Al contradecir la tesis de la aristocracia obrera, Humphrey no sólo cuestiona la existencia de un “mercado primario”, que estaría en la base de la diversificación de los intereses obreros, sino que también saca a la luz algunos elementos cruciales —sobre la gestión del trabajo, el proceso de trabajo, la localización residencial y los recursos organizacionales— que explicarían el movimiento obrero que emergió en São Bernardo durante los años setenta.

Así por ejemplo, los altos salarios de las ensambladoras, lejos de debilitar el ímpetu reivindicatorio de los trabajadores, Humphrey los considera en su análisis tanto como una estrate-

gia patronal para disciplinar el mercado de trabajo, permitiendo una oferta abundante, así como un medio para disciplinar a los mismos trabajadores, sometiénolos a ritmos y a grados de intensidad de trabajo que no eran comunes en el mercado regional.

Del mismo modo, Humphrey demostró cómo ciertos puestos de trabajo, como aquellos destinados a elaborar moldes y herramientas, cuentan con condiciones de mercado que singularizan su poder de negociación salarial frente a la empresa, además de condiciones de trabajo tales que potencializan su control sobre el trabajo como medio de negociación por medio de paros, tortuguismo, etc. Son justamente estos puestos de trabajo que, al participar en las condiciones generales adversas de la industria y, al mismo tiempo, tener mejores condiciones materiales de organización fabril, se convirtieron en el núcleo del movimiento reivindicatorio.

Al mismo tiempo, Humphrey es claro al realzar la concentración residencial de estos trabajadores en São Bernardo y su concentración fabril en pocas empresas como factores que potencializaron su acción como clase, ya sea por motivos puramente técnicos —como la facilidad para comunicarse y para reunir gente, como resultado de la concentración— ya por la importancia misma de la vida comunitaria para la constitución de las ideas y de los intereses.

Esta rápida revisión de la literatura sobre el movimiento sindical brasileño revela que los elementos cruciales para el entendimiento del proceso actual de formación de la clase obrera en Brasil se están tratando de una manera todavía muy poco articulada.

La constitución de una identidad cultural y social que fundamentalmente una posición de clase depende, obviamente, de los patrones culturales de los elementos constitutivos de esa clase, como dice Albertino Rodrigues, pero es, al mismo tiempo, un proceso condicionado y determinado por las estructuras económicas y políticas en desarrollo, como afirma Vianna. Más que esto, es un proceso cuya dirección y contenido están, decisivamente, dados por un segmento dirigente e inteligente que crea y recrea, forma y transforma un universo teórico-ideológico, el cual orienta las principales opciones de acción tomadas por el movimiento colectivo e individual dentro del amplio cuadro dejado por las prác-

ticas estructuradas institucionalmente. Es en este terreno concretizado y práctico donde se forman intereses reales, o sea, intereses que, explícitos o no, pueden ser comprometidos, negociados o defendidos en su pureza. En fin, es en el terreno de la política y de la ideología que la historia se hace, como Weffort parece comprender.

No obstante, la política hecha por trabajadores, hombres y mujeres, sólo puede entenderse cuando se comprende la enorme diferencia en las condiciones de trabajo que existen entre ellos, condiciones que se estructuran institucionalmente pero que están respaldadas por prácticas culturales concretas y diversas identidades sociales, condiciones que van desde la posición de los diversos tipos de trabajadores en el mercado de trabajo hasta la forma particular de la gestión empresarial de la fuerza de trabajo en la industria. Son esas condiciones, junto con otras situaciones contingentes, las que determinan, como destacan, de manera precisa, Almeida y Humphrey, el movimiento obrero.

El considerable esfuerzo de investigación ya acumulado en Brasil para entender las determinaciones objetivas del complejo proceso de formación de la subjetividad obrera y su expresión organizativa sufre además de otro defecto irremediable, aunado a la escasa articulación de los resultados hasta ahora obtenidos. Esto se debe a que, naturalmente, tal esfuerzo se halla enmarcado por el contexto histórico del momento en que se llevó a cabo, sea cual fuere, o de la concentración de producción capitalista y de sus productores directos en un espacio regional específico —el sureste— particularizado en términos de su trayectoria en la constitución histórica de sus fracciones tanto burguesas como obreras.

Si es cierto que este espacio se caracteriza, hasta hoy, por su gran masa de productos y por la mayor cantidad de productores directos en la industria nacional, también lo es que con la salida de la crisis de acumulación del inicio de los años sesenta y el nuevo pacto político expresado en el golpe de 1964, otras regiones del país se incorporaron al universo de la producción específicamente capitalista, llevando la moderna industria brasileña de bienes de consumo e intermedios a nuevos espacios, hasta entonces caracterizado por reproducirse según los círculos internos de la dinámica regional de acumulación.

Bajo estas condiciones, el proceso de formación de la subje-

tividad obrera y su identificación como clase pasa a estar estructurada por un conjunto de determinaciones objetivas cuya diferenciación en subespacios regionales gana una significación decisiva para configurar la fisonomía del conjunto.

Así, el surgimiento de esta nueva concepción de lucha obrera, al final de los setenta, se centra, sobre todo, en São Paulo, particularmente en el ABC, polo concentrador de la industria nacional más dinámica, y se irradia rápidamente a las nuevas áreas de expansión del capitalismo industrial: la metalurgia de Minas Gerais y la petroquímica de Bahía, entre otras. Los polos más antiguos de la economía nacional —las industrias tradicionales de la zona metropolitana de São Paulo, de Río de Janeiro y de Río Grande do Sul— servirán, y muy eficazmente, de contrapunto importante cuando se contemple el avance de esta concepción.

A partir de aquí pretenderemos privilegiar los datos provenientes de la situación concreta de una de aquellas nuevas áreas de expansión, la del II polo petroquímico de Brasil, situado en Camaçari, Bahía. Analizándolo pretendemos discutir un problema teórico relevante para el entendimiento de la realidad brasileña actual: ¿cómo ocurre, concretamente, el proceso de formación de los intereses de los trabajadores en Brasil después de 1977? O sea, cómo se articulan, en espacios regionales concretos, factores determinantes como: a) el cambio en la estructura productiva y, por tanto, en la estructura de lugares económicos que forman las clases (Przeworski, 1977), en un contexto en que se rompen las últimas barreras que configuraban las regiones como espacios autónomos de reproducción de las fracciones específicas del capital; b) la dinámica de diversas coyunturas nacionales, en su interconexión con las características específicas locales de la lucha de clases; c) la institucionalización de las relaciones industriales y su nexo específico con modalidades locales de dominación burguesa y de gestión de la fuerza de trabajo; d) los mecanismos culturales de dominación y subordinación inmersos en realidades particulares que matizan y dan contenido concreto a la experiencia pretérita de las clases, determinando, de esa manera, la naturaleza y la cualidad de los recursos ideológicos que la clase trabajadora acciona en las diversas situaciones de conflicto.

## II

Bahía es seguramente un espacio significativo para el estudio de las formas regionales por medio de las cuales se forjan los intereses de la clase obrera moderna en Brasil, irradiándose nacionalmente esa nueva concepción de política sindical que marca la emergencia política del movimiento obrero en la segunda mitad de los años setenta.

Esto se debe a que en las últimas tres décadas Bahía ha sido un escenario privilegiado de los acelerados procesos de transformación que, en general, se manifiestan súbitamente en los subespacios afectados por los realineamientos del crecimiento capitalista, los cuales tienen efectos en la división interregional e internacional del trabajo. Esos realineamientos fueron particularmente agudos de 1950 a 1980, cuando surgió un nuevo patrón de articulación de la economía nacional, fundado en bases crecientemente oligopolizadas.

De hecho, en el corto espacio de sólo tres décadas, profundas modificaciones marcaron la organización de la actividad económica bahiana. Así, de acuerdo con Guimaraes y Castro (1987a:2), se altera, de manera significativa, el cuadro de participación relativa de los sectores de la actividad económica en la formación del producto neto bahiano. En un estado cuya renta era generada mayoritariamente por la producción agrícola, es notoria la pérdida de la importancia de la producción agropecuaria en la composición del producto: si en 1950 esta actividad se responsabilizaba por casi la mitad del PIB, en 1980 su contribución disminuyó a menos del 12%; esto significa cerca de sólo un tercio del peso de la actividad industrial, cuyo notable crecimiento durante este periodo hizo cuadruplicar su peso en la composición del producto, aproximándose, en 1980, al 40% del PIB.

Esta rápida transformación indica una clara tendencia a la urbanización de las actividades económicas más dinámicas para la formación del producto, el cual, en 1980, pasó a depender, en 88% de los casos, de las actividades primordialmente metropolitanas de la industria de la transformación y de los modernos servicios.

Ese realineamiento del peso relativo de los sectores de la actividad económica es, sin duda, la expresión más visible de todo un conjunto de alteraciones de raíz más profunda. Así, además

de la urbanización de la economía y de su sociedad, en las últimas décadas en Bahía se vivieron profundas transformaciones en la organización del trabajo y, concretamente, en la configuración de la estructura de las clases sociales.

La transformación más significativa se registró en el proceso de constitución de relaciones de trabajo específicamente capitalistas, exactamente en aquellos segmentos donde reposa la dinámica de acumulación industrial (Castro, 1985). En la realidad local esto se observa con claridad meridiana a partir de la segunda mitad de los años setenta, cuando ya se destaca el peso económico y político de una clase obrera afecta a relaciones de trabajo específicamente capitalistas (Marx, 1975).

La ruptura del círculo de reproducción del capital, en vigor en el ámbito local, que definía el espacio bahiano como una "región" (Oliveira, 1977), subordina directa e indefinidamente la dinámica de la reproducción local a los patrones nacionales vigentes, por la vía de la producción de los llamados bienes intermedios, que alteran la estructura de la industria bahiana en especial y de la economía y la sociedad urbana en general.

Esta relación de subordinación de la antigua "región", cuando se recupera de la perspectiva de los patrones de ocupación de la fuerza de trabajo, no parece que se hizo bajo la forma del enclave, como se podría pensar si consideramos sólo aquellos efectos directos e inmediatamente subsecuentes a la implantación de Petrobras en Bahía (Oliveira, 1987). Al contrario, ésta afecta las condiciones de producción y de reproducción, tanto de la población necesaria como de la relativamente excedente.

Con esto se hicieron sentir profundas alteraciones dentro de la estructura del mercado de trabajo. En primer lugar, entre 1950 y 1980 en el estado de Bahía el peso del empleo asalariado creció de manera significativa, a tal punto que éste se volvió la relación de trabajo cuantitativamente dominante en 1980 (Franco, 1984).

En segundo lugar, la industria bahiana experimentó, entre 1960 y 1980 principalmente, una notable dinámica que revela un crecimiento medio del valor de la producción del orden de 2.068%, junto a aumentos de 1.818% en los salarios pagados y 163% para el empleo creado en el conjunto de la industria (Castro, 1985).

Es evidente que este incremento, expresado aquí con valores

medios, está muy afectado por el conjunto de las llamadas “industrias dinámicas”. En ellas el valor de la producción industrial aumenta cinco veces más que en las tradicionales, en un proceso de intenso crecimiento que las lleva a retener, desde los años setenta, a la mayoría del personal ocupado en la industria (52% en 1975 y 56% en 1980). A pesar de esto, es indudable que la asimetría entre su participación en la generación del valor de producción y en la cantidad de los puestos de trabajo muestra la elevadísima productividad de esas industrias dinámicas, principalmente cuando se la compara con la del resto del parque industrial, o especialmente con la productividad prevaleciente en las industrias bahianas antes de los años sesenta.

Estas consideraciones parecen confirmar la existencia de dos patrones de crecimiento en la industria local: el de la tradicional (madera, mobiliario, cueros y pieles, perfumería, textiles, zatos, bebidas, tabaco) y el de la dinámica (metalurgia, mecánica, material eléctrico y de comunicación, minerales no metálicos, química, fármacos, plásticos, material de transporte, papel y cartón).

Por otro lado, parece cierto que, aun en el parque industrial en conjunto y en particular en los géneros tradicionales el nivel de productividad del trabajo industrial se ha elevado, lo que confirma que las condiciones del consumo productivo de la fuerza de trabajo se vieran alteradas con claros impactos sobre su reproducción.

Además, es interesante destacar que la indudable hegemonía del sector fabricante de los llamados bienes intermedios es un elemento importante que se debe especificar en la industrialización bahiana, en comparación con lo que ocurre en el noreste. Principal beneficiario de los recursos acarreados por medio de la FINOR y del 34/18 de la SUDENE (Azevedo, 1975), la industrialización de la región metropolitana de Salvador parece haber tenido, además, la capacidad de seguir históricamente en la delantera de ese proceso, de suerte que, en 1980, el valor de la transformación industrial bahiana representaba nada menos que la mitad de su mismo valor para toda la región del noreste (Camarano, 1986:28).

Si es cierto que Pernambuco, a través de la región metropolitana de Recife, rivalizaba con Bahía como segundo polo de atracción de los recursos de FINOR, es bastante diferente la com-

posición del sector industrial en uno y otro estados; mientras que en Pernambuco se concentran las industrias de bienes de consumo durable, Bahía es escogida por las empresas productoras de bienes intermedios y de capital (principalmente química, petroquímica, materiales no ferrosos y fertilizantes), habiendo recibido nada menos que el 42% de las inversiones regionales efectuadas por productores de bienes intermedios y el 36% de las realizadas por la industria de bienes de capital (Camarano, 1986:29).

Esta especificidad produjo un patrón de relaciones igualmente específico entre la industria, el comercio y los servicios, que tiene importantes efectos sobre el empleo urbano en el estado. Así, de acuerdo con datos recientes, el 65% de la producción del Centro Industrial de Aratu y el 50% de la del Complejo Petroquímico de Camaçari se destinan a otros estados de Brasil, fuera de la región del noreste; paralelamente, el 85% de los insumos usados en la producción petroquímica y el 48% de los empleados en las industrias del CIA vienen de Bahía (Bahía, SIC/DIC, 1983:96-97).

Esto parece indicar que el destino geográfico de la producción de los sectores dinámicos desvía una parte importante de sus valores hacia la estructura industrial de bienes finales del Centro-Sur. No obstante, también indica que esta misma desviación, así como el peso de los insumos locales, deben tener algún efecto sobre la organización tanto de la circulación mercantil como de los llamados "servicios de producción", tal como se ofrecen al interior de la actividad económica bahiana.

De hecho, de acuerdo con las consideraciones anteriores, un tercer orden de transformaciones parece desprenderse en el perfil del mercado de trabajo bahiano: el que se refiere a las actividades de comercio y de los servicios. Dentro de las primeras es notable el crecimiento del mayoreo, el cual no sólo se intensifica debido a la sensibilidad de la dinámica actividad urbano-industrial, particularmente en lo que se refiere al comercio mayorista de los productos químicos, sino que altera las condiciones de trabajo y de propiedad vigentes en sus establecimientos, con un perceptible proceso de concentración (Castro, 1985:19-20).

En lo que se refiere a los servicios, la actividad de reparación de los medios de producción se vuelve dinámica, además

de ser particularmente significativo el predominio de los servicios de producción, concomitante al decrecimiento de los servicios personales.

Todo este conjunto de consideraciones revela cómo se expande y diferencia la compleja red de relaciones entre las diferentes formas de organización del trabajo, alterando de manera importante el perfil del mercado de trabajo local a partir de una nueva dinámica centrada esencialmente en la constitución del asalariado en los modernos segmentos de la actividad económica, centrales a la acumulación industrial.

Sin embargo, la formación de ese importante contingente de asalariados urbano-industriales, visto hasta aquí por el lado de su constitución en estrecha conexión con el cambio en la estructura productiva, requiere ser concebido dentro del contexto más amplio de la dinámica de las relaciones entre las clases sociales y en el enfrentamiento con sus distintos proyectos históricos.

En ese sentido, es necesario situar, con más exactitud, las formas de expresión en la escena política de estos contingentes, hasta aquí descritos por su modo de inserción en la estructura de las posiciones económicas que representan las clases. Para ello, se debe centrar la atención en la naturaleza de la dominación burguesa en Bahía, a fin de encontrar sus particularidades y, en la lucha entre las fuerzas sociales, recuperar otra dimensión aparte de las ya descritas: su dimensión como actor político.

En estudios anteriores se afirma que es imposible reconstruir el proceso de formación de la hegemonía burguesa en Bahía si no se toma en cuenta que fue la fracción bancaria la que conservó la delantera histórica en la formulación de un proyecto político de clase, plasmado en un discurso para el conjunto de la sociedad bahiana (Guimaraes, 1982 y 1987).

En realidad, hasta las actividades que hoy forman el cimiento de la economía bahiana —la explotación y el refinamiento del petróleo, la industria de la transformación y la petroquímica— son proyectos de primer orden del capital bancario.

Ya en los años cuarenta, Clemente Mariani, entonces director-presidente del Banco de Bahía, defendía un proyecto de desarrollo regional basado en la industrialización y explotación del petróleo. Era un esfuerzo para ejercer un liderazgo claramente burgués, dirigido hacia la consolidación de un proyecto de desarrollo industrial. Buscaba, así, organizar a la sociedad bahiana

con base en la protección de los intereses financieros de la gran burguesía, sobreponiendo la hegemonía de aquéllos frente a los otros intereses burgueses, como los de los hacendados, los comerciantes y los industriales tradicionales.

Guimaraes (1982) demostró con suficiente material empírico que fue en el ejercicio de esa hegemonía que la burguesía bahiana se formó como clase. Esta formación, que contiene un movimiento a la vez económico y político, se dio en dos momentos, durante los cuales la afirmación y profundización del proceso de construcción de la hegemonía llevaron a la formación de una representación de intereses: primeramente, en el plano regional, la burguesía bahiana cede a los tecnócratas la dirección intelectual de su proyecto de clase, para en seguida ceder a los militares, a nivel nacional, y a sus dirigentes políticos, a nivel regional, la dirección del Estado.

Así, los años cincuenta ven al proyecto liberal, encabezado por el Banco de Bahía, ceder su lugar a un proyecto regional de desarrollo dirigido por un nuevo tipo de intelectual —el tecnócrata— por medio de la Comisión de Planeación Económica (CPE), que abandona los valores liberales clásicos y basa su discurso en la eficacia de la planeación y de la intervención estatal en la defensa de los “intereses bahianos”.

De suerte que, cuando un nuevo tipo de obrero empieza a formarse en el sector industrial de Bahía, concentrado en la exploración y el refinamiento del petróleo, en la metalurgia y, posteriormente, en la petroquímica, encuentra, a lo largo de sus primeros años de constitución como clase, los límites de su acción reivindicadora y de formación de su identidad social enmarcados por una ideología de desarrollo percibida con una perspectiva regionalista. Guimaraes (1987a:64) propone que ésta sea la diferencia específica del movimiento sindical bahiano en comparación con el movimiento sindical brasileño, también de desarrollo y populista.

Ya Oliveira (1987) menciona la imposibilidad (comentada más adelante) del moderno proletariado de la industria del petróleo de constituirse como clase. Su dificultad en constituir una identidad de clase resulta de su imposibilidad de reconocer, por anteposición, a un “otro”, que consolidase intereses que le fueran antagonicos debido a que, en su peculiar situación de trabajo, la empresa que le paga debía ser defendida (en un proyecto na-

cional de desarrollo) antes que atacada, en la lucha por mejores condiciones salariales y de trabajo.

El golpe de Estado de 1964 alteró esas condiciones político-institucionales, creando los requisitos para la profundización del proceso de acumulación con el apoyo del gran capital monopolista.

En el ámbito local, el carácter excluyente del gobierno estatal lo liberó de las presiones populares y de la clase media, dejando que una pequeña oligarquía y un grupo de capitalistas que tenían acceso a él pudieran ejercer plenamente la representación de los “intereses bahianos”. En poco más de cinco años se modificó la región metropolitana de Salvador, de modo que se creó una infraestructura capaz de albergar al segundo polo petroquímico brasileño, en una realización que demuestra la capacidad de movilización y de influencia de las clases dominantes locales (Pecchia, 1985). Organizadamente, éstas supieron hacer confluír sus intereses, los intereses nacionalistas de la burguesía de Estado (Suárez, 1986) y los intereses de las empresas multinacionales del ramo químico, estimuladas por la estrategia de expansión en un régimen de inversiones conjuntas (*joint-ventures*). Pecchia (1985) reúne documentación que permite ver con claridad cómo la burguesía local formula su proyecto, en un contexto donde los intereses económicos implantados en el primer polo petroquímico, en São Paulo, llevan a este último segmento burgués a tomar la delantera, también organizadamente, en contra del proyecto de la burguesía bahiana.

No obstante, si el avance capitalista en el noreste homogeneizó el espacio regional en una lógica de reproducción monopolista, la forma particular en la que procedió este avance capitalista en Bahía, bajo la dirección de la producción química y petroquímica, dejó marcas locales de naturaleza específica no sólo en la ya referida estructura del mercado de trabajo, sino principalmente en la estructuración de las clases.

Por el lado de la burguesía local, es significativo notar el hecho de que la confluencia de los intereses de las clases dominantes locales, de la burguesía de Estado y las multinacionales, forma una comunidad oligopolista capaz de tomar las riendas de la industria petroquímica brasileña, dada la influencia que ejerce sobre los aparatos estatales y las empresas clave, como son la *Petroquisa* y la *Norquisa*.

Además de esto, es evidente el liderazgo que los cuadros originarios de la burguesía local han ejercido, principalmente en los puestos de dirección de sus organizaciones de clase como sindicatos patronales, la Asociación Brasileña de las Industrias Químicas (ABIQUIM) o el Consejo de Fomento a la Industria de Camaçari (COFIC). Con esto se vuelve más fácil articular, en escala local, los intereses de la burguesía petroquímica con otros intereses burgueses del Estado (Guimaraes, 1987a).

Por el lado del nuevo proletariado industrial, que se expande principalmente en este ciclo de acumulación de los años setenta, la represión política desorganiza al movimiento obrero y sindical anteriormente existente, a través de intervenciones en los principales sindicatos que constituían la vanguardia de la clase, como eran los petroleros, los bancarios, los ferrocarrileros y los portuarios.

Institucionalizada la represión política, se silencia al movimiento obrero local. Sin embargo, de acuerdo con lo señalado por Guimaraes (1987a), también se destruye lo que parecía ser el mayor logro de la burguesía: su hegemonía política y cultural sobre los trabajadores, expresada por intermedio del proyecto de desarrollo regional.

Pero la destrucción de la paz en “los pisos de la fábrica” también es alimentada por el hecho de que las nuevas inversiones —encabezadas por intereses privados o por *joint-ventures* donde éstos prevalecían— ya no procedían más del Estado exclusivamente, y ni siquiera era el principal propietario del capital, tal como sucedía hasta los albores de los años sesenta, de manera ejemplar con la extracción y el refinamiento del petróleo, o con el transporte marítimo o ferroviario.

Estudios recientes, como los de Franco (1983), Pecchia (1985) y Guimaraes (1986), fortalecen el argumento de que el nuevo empresariado, aún aquel que se cristaliza en las empresas del Estado, ya no busca la aceptación de los trabajadores con una gestión del capital que posibilite efectos sociales (sobre el empleo principalmente), sino que, al contrario, pasa a gerenciar el capital, aun el público, con base en criterios de lucro privado, sin ninguna preocupación por sus efectos sociales (Guimaraes, 1987a:67).

En esta nueva coyuntura política, el movimiento obrero bahiano resurgirá como tributario de la nueva experiencia fabril

y de las características particulares del conflicto, singular frente a la realidad local anterior, pero central en la nueva modalidad nacional de acumulación. Ese movimiento tiene en los trabajadores concentrados en el polo petroquímico de Camaçari uno de los ejes de la movilización de las cuatro grandes organizaciones sindicales locales —la de los químicos, la de los petroquímicos (artificialmente separados en dos sindicatos por maniobra patronal), la textil (donde están representados los trabajadores de la industria moderna químico-textil que está en desarrollo) y la de los metalúrgicos (donde están representados, debido a otra maniobra del patronato, los trabajadores encargados del mantenimiento petroquímico).

Sin embargo, la reestructuración de las clases sociales, debida al reciente avance capitalista, no sólo afecta el perfil de la burguesía y del proletariado local.

Primero Petrobras, y después el complejo petroquímico de Camaçari, promueven una significativa ampliación cuantitativa y una marcada redefinición cualitativa del mercado de trabajo para profesionales con una elevada calificación técnico-científica, integrantes de la clase media moderna encargada de las ocupaciones técnicas de dirección y concepción. Son ingenieros, técnicos en informática, químicos, psicólogos, administradores, etcétera.

Paralelamente, la notable expansión de los cuadros de la administración pública, de los servicios de producción, de los servicios personales organizados empresarialmente y del gran comercio, nutre a este grupo con otra gama de especialistas en actividades de dirección técnico-administrativas y técnico-científica. Son médicos, economistas, administradores, psicólogos, entre otros profesionales liberales.

Monopolizadora de un mercado donde se ejercitan talentos y habilidades, mercado de carácter nacional, ya sea por su ámbito de reclutamiento, o por sus patrones de referencia cultural, esta clase media moderna se vuelve central para la formación de la opinión pública y en la construcción de las ideologías dominantes.

De esta forma, burguesía, obreros y clase media, renovados en su papel por los nuevos segmentos emergentes durante los años setenta, forman, sin duda, un nuevo caldo de cultura, en el cual se estructuran los objetivos determinantes de las nuevas formas de subjetividad y de identidad de clase.

### III

Situados ya estos nuevos segmentos obreros en la dinámica regional de su emergencia, ¿qué se puede decir de sus intereses? O sea, ¿hasta qué punto podemos considerar las representaciones de estos nuevos grupos como representaciones de clase? O, por otro lado, ¿es posible construir una identidad obrera en un espacio regional donde el avance del capitalismo moderno se hizo tan umbilicalmente vinculado con un "Estado-patrón", dentro de un proyecto populista, enraizado en una sociedad de masas donde la exclusión de muchos haría de los obreros afluentes una nueva "aristocracia del trabajo"?

Penetrar en los meandros de estas preguntas significa alcanzar el punto neurálgico de nuestra reflexión. Indagar no sólo cómo cambian la estructura económica y la estructura de dominación que, bajo el efecto de diversas coyunturas políticas, crearon las condiciones de emergencia de los nuevos actores sociales, sino investigar también cuáles son las evidencias empíricas de las subjetividades escondidas en las situaciones y en los agentes históricos y económicos.

En un ensayo reciente, Francisco de Oliveira (1987) enfrenta estas preguntas respondiéndolas negativamente. Para él, ese proletariado regional moderno no llega a convertirse en una "clase-para-sí" debido a que nunca consiguió ser una "clase-para-otros". O sea, no sería posible una identidad obrera socialmente constituida y compartida cuando en la moderna clase obrera falta "el otro", el enemigo en que los trabajadores se reconocieran. Faltaría, incluso, por no haber existido nunca anteriormente en Bahía, una sociedad de clases.

Así, desde el principio de nuestra formación, durante el esclavismo, siendo el negro una mercancía, "el Señor Blanco estableció un No-Otro", no reconociéndose, por lo tanto, en el esclavo. Posteriormente, con la Abolición, "¿cómo reconocer un otro en las figuras que vivían de las sobras de los banquetes del Corredor de la Victoria?" "En el otro polo, ¿cómo reconocer un enemigo, un Otro, en las figuras y en las casas donde se come, en los que no tienen horarios, en los que dan a veces su propio nombre o apellido a los negros y sirvientes?" (Oliveira, 1987:36).

La base para la construcción de esa no-identidad de clase que, según Oliveira, prepara el discurso de la "bahianidad", está "en

una economía que produce un excedente y no lo reinvierte productivamente, porque el circuito de la acumulación de capital hizo cortocircuito con la emergencia de la producción semicampesina, controlada por la alianza del capital mercantil del tabaco y del algodón y del capital bancario de Salvador” (*ibidem*, p. 30).

Esa situación de estancamiento se revierte a partir de los años cincuenta de este siglo con la implantación en el Recóncavo de la industria del petróleo. Se consolida en seguida, en los años sesenta y setenta, un nuevo parque industrial con inversiones firmes en las áreas de la metalurgia, la siderurgia, la química, y la petroquímica, patrocinadas con recursos federales, por medio de SUDENE. Para Oliveira, no obstante, el desarrollo de este capitalismo periférico no fue suficiente para “romper los cánones anteriores” y presenta, por lo menos, seis razones que explican el hecho de que no se constituyera modernamente una identidad de clase.

La primera de esas razones se apoya en la tesis de la formación de una “aristocracia obrera”. Oliveira argumenta que los trabajadores de la industria del petróleo reciben salarios muy superiores a los de los demás trabajadores regionales y eso resulta en la ausencia de una conciencia obrera entre ellos.

La segunda se encuentra en el discurso nacionalista que encubre las relaciones entre Petrobras y sus obreros. Según Oliveira: “Durante toda la vigencia del periodo populista, los trabajadores de las estatales, y principalmente los de Petrobras, jamás hicieron huelgas contra la empresa: cuando entraron en huelga fue para defender las conquistas nacionales y, sobre todo, a Petrobras mismo contra el imperialismo” (*ibidem*, p. 67).

La tercera razón presentada es el carácter estatal y planeado de las inversiones de capital en Bahía y el consecuente discurso regionalista que las encubre: “Las empresas nuevas no están viniendo para explotar la fuerza de trabajo, sino para ayudar al Noreste.” Este discurso, junto con el discurso nacionalista, tendría por resultado enmascarar los conflictos de clase.

La cuarta razón señalada reside en el carácter mismo de una nueva burguesía regional. Por un lado, se trata de empresas estatales en las que el capital no tiene propietario aparente y, por otro, son filiales de empresas extranjeras, del sur, o son empresas conjuntas de capitales diversos, “cuyos propietarios viven fue-

ra de Bahía; son una especie de burguesía sin burgueses al frente”. En ambos casos, por tanto, faltaría la clase obrera moderna o su enemigo de clase, el Otro frente al cual reconocerse.

La quinta razón reside en que “la objetividad de la situación económica y social de Salvador, así como de Bahía y del nores-te, hace real la no oposición de intereses: en el inmenso mar del desempleo, la abundante oferta de empleo que las nuevas actividades crearon diluyó el conflicto” (*ibidem*, p. 76).

Finalmente, se presenta una última razón: el espacio regional se transformó en una sociedad de masas. En ese tipo de sociedad se producen clases sin identidad de clase debido a que “el proletariado nunca se completa” frente a la enormidad de su ejército industrial de reserva porque “las clases medias estallan en la estructura social”, creando para sí mismas y para los otros la ilusión de su superrepresentación, y porque las propias burguesías ya no existen para sí ni para los otros sino por la intermediación del Estado.

La conclusión de Oliveira es, por tanto, que las clases no se formaron en la Bahía antigua porque ahí fue débil el desarrollo capitalista, y no se forman actualmente porque, con la sociedad de masas, desaparecieron “los sujetos históricos clásicos”. En su lugar, e impidiendo la constitución de una identidad de clase, fue construido durante años el discurso de la “bahianidad”.

Sin pretender profundizar mucho en las críticas a las tesis de Oliveira, cada una de las razones que presenta merecen algunas observaciones. De lejos, el argumento más complejo es el de que los trabajadores bahianos de la industria principal forman una “aristocracia obrera”. Su complejidad reside, antes que nada, en la imprecisión de las diversas sugerencias contenidas en el término. Usado inicialmente por Engels (1858) y por Lenin (Hobsbawn, 1970) para referirse al “desvío” economicista y corporativista de los trabajadores ingleses, el término fue incorporado a la moderna historiografía por Hobsbawm (1968), Moorhouse (1978), Gray (1976) y otros para referirse tanto a un estrato económicamente privilegiado de la clase trabajadora como para explicar el patrón de formación, conflicto y conciencia de clase en la Inglaterra victoriana.

Originalmente, el concepto está asociado a una teoría de la formación de las clases que deriva el comportamiento y el pensamiento político de los trabajadores de las condiciones “obje-

tivas” de la acumulación de capital. En este contexto, el concepto se usa para explicar un resultado teóricamente no esperado —el compromiso de clase— con argumento de que los altos salarios pagados en Inglaterra “corrompieron” o “envilecieron el ánimo revolucionario” de estos trabajadores. En Lenin, incluso, el argumento se desdobra en una conexión causal entre los altos salarios y la posición imperialista de Inglaterra. A pesar de las innumerables calificaciones posteriores, un tono claramente determinista y maniqueísta permanece asociado al concepto. De hecho, en lo que se refiere a los refinamientos que los estudios sobre el proceso de trabajo, sobre las formas de gestión del trabajo, y sobre la estructuración del mercado de trabajo introdujeron en la teoría, ella continúa privilegiando en demasía a los condicionantes tecnológicos y económicos de las actitudes y de la conciencia obrera, en detrimento de sus condicionantes políticas, ideológicas y culturales.<sup>2</sup>

En el caso brasileño, el ejemplo de los trabajadores del ABC paulista, durante las décadas setenta y ochenta, parece resaltar, justamente, la importancia explicativa de la coyuntura política y de la percepción de los propios trabajadores sobre la situación obrera, en detrimento de los privilegios económicos y del tipo de sector de la economía en la que están empleados. En el caso bahiano, los altos salarios pagados por Petrobras y por las empresas del polo no tienen históricamente una misma correspondencia en términos de las actitudes política y sindical de sus trabajadores. Al contrario, el sindicalismo petrolero de los años sesenta fue claramente informado por el compromiso regionalista, teniendo un patrón de movilización marcado por banderas políticas generales como la cogestión, la defensa de los intereses nacionales y del desarrollo regional. El sindicalismo petroquímico buscó, desde el inicio, defender las reivindicaciones de carácter eminentemente fabril y obrero (Guimaraes, 1987b; Lopes, 1987), en lo referente al hecho de que ambos cuentan, en su liderazgo, con la misma base partidaria del PCB.

En este caso, obviamente, no estamos tratando con las mismas condiciones políticas o con las mismas instituciones fabriles, a pesar de que las condiciones de privilegio económico de

<sup>2</sup> Véase la reseña de Jelin y Torres (1982) sobre la tesis de la aristocracia obrera en América Latina.

los trabajadores sean las mismas. Entre los trabajadores del petróleo de los años sesenta, los altos salarios y las buenas condiciones de trabajo se garantizaban con la movilización y por medio de las organizaciones obreras que se expandían, dada la ideología del movimiento y la coyuntura nacional, por una lucha constante por un mayor espacio político en la dirección de la empresa y en la definición de sus directrices en cuanto a la inversión. Entre los trabajadores del polo de nuestros días, los altos salarios son una "recompensa" por condiciones de trabajo reconocidas como precarias y "dilapidantes" de la fuerza de trabajo. Si a esa percepción agregamos la ideología prevaleciente en el movimiento sindical brasileño y la naturaleza "privada" del capital petroquímico, no tendremos mucha dificultad en entender el carácter antipatronal y antiestatal de este sindicalismo.

Estas últimas observaciones nos remiten a otros dos argumentos de Oliveira: que el discurso nacionalista de Petrobras y el carácter estatal y planeado de las inversiones en el noreste tendrían por efecto encubrir las relaciones de explotación y enmascarar los conflictos de clase.

De hecho, la combatividad de los petroleros, en los años sesenta, no se originaba en una conciencia sobre la situación de explotación de la clase trabajadora sino por una conciencia de lo que serían sus intereses nacionales y regionales. Ello ocasionó, realmente, que tal segmento de la clase trabajadora bahiana, más bien favorecido en términos organizativos y financieros, dejara de articularse en torno de los intereses más inmediatos y más contundentes de clase (expresados en los agravios adivinados por la situación obrera) en favor de un compromiso político que dejaba sin cuestionar las bases de la acumulación capitalista.

Hoy parece claro que tal postura política se debía más a la comprensión teórico-metodológica que sus representantes tenían del momento histórico en que vivían que al carácter estatal de la empresa o a los privilegios económicos que estos trabajadores disfrutaban. De cualquier manera, la forma de gestionar a la fuerza de trabajo empleada por la empresa estatal del petróleo debió haber tenido, como ciertamente aún tiene, una importante influencia en la conformación de esta postura. Infelizmente, debido a la precariedad de nuestro conocimiento empírico, es difícil evaluar con claridad el peso de este factor.

Lo que parece claro es que el ocaso de la ideología regional

de desarrollo entre los trabajadores en general, y del petróleo en particular, no se debió ni a una disminución de la intervención estatal en la producción industrial ni a un cambio del discurso autojustificador de sus burocracias. Al contrario, tal caso está ciertamente ligado a los cambios drásticos ocurridos en las prácticas de gestión del trabajo empleadas por las estatales y en la transformación de las instituciones que regulan las relaciones industriales en Brasil. Tales transformaciones, contenidas en el ámbito de la política y de las coyunturas históricas, abrieron la posibilidad para el surgimiento de una vanguardia de trabajadores, económicamente privilegiados, a la cual, al contrario de la “aristocracia del trabajo” inglesa, buscó en los agravios fabriles y en la masa de trabajadores sin plaza los motivos y los partidarios de un proyecto socialista. Los trabajadores petroquímicos de Camaçari están más próximos a esta postura que a la de los petroleros de los años sesenta, la cual, a su vez, nada tiene en común, en su contenido, con aquella de los trabajadores victorianos. La semejanza, en su caso, se reduce a la forma, pues en ambos casos se trata de situaciones de compromiso de clase.

El cuarto argumento de Oliveira —la ausencia de una burguesía local, real, que se contraponga a los trabajadores— es singular, pues significa, en rigor, suponer que la lucha de clases sólo es posible en la época del capitalismo competitivo, cuando el capital es personificado por la figura del patrón. En la actualidad todo el movimiento obrero moderno, en el mundo occidental, se ha dado bajo regímenes “fordistas” y “no fordistas”, donde el capital y el trabajo son gerenciados por ejecutivos y técnicos asalariados. En esas situaciones, la figura del patrón cedió su lugar a la “empresa” y a la “compañía” que trata a sus trabajadores como “colaboradores” o “funcionarios”. La eficiencia de tales regímenes de fábrica para integrar a la clase trabajadora no reside en ellos mismos. Guimaraes (1987b), por ejemplo, analiza cómo los descontentos surgidos en el piso-de-las-fábricas de una industria petroquímica estatal son capaces, bajo ciertas circunstancias, de articularse con la crisis económica y la crisis de liderazgo político transformando una gestión supuestamente “hegemónica” en la “mejor concha posible” para el desarrollo de la conciencia de clase.

En otra versión del mismo argumento, Oliveira dice que la sociedad regional se transformó, frente a la abundancia de los

desempleados permanentes, frente a la “superrepresentación” de las clases medias y frente a la ausencia de burgueses reales, en una sociedad de masas, en la que la clase trabajadora no encuentra los elementos para constituir su identidad. Tal argumento mezcla, al mismo tiempo, por lo menos tres aspectos importantes que deberían tratarse por separado: la relación entre los trabajadores de planta, sin planta y los desempleados permanentes; la ideología y la naturaleza de las clases medias, y el carácter de la ideología dominante en esa “sociedad de masas” (denominada por Oliveira como el “discurso de la bahianidad”).

El primer aspecto fue tratado por Castro (1983) tomando como punto de partida otros dos espacios regionales periféricos: las ciudades de Brasilia y de Recife. En ambas se pudo demostrar que la organización de los trabajadores sin planta y de los desempleados se forja con bases comunales y se politiza para depender de la coyuntura política, llegando hasta crear articulaciones duraderas con el movimiento obrero organizado. No obstante, como es obvio, en el caso de Bahía, hace falta un estudio más específico, sobre la relación entre los trabajadores y su “reserva”; no hay por qué deducir *a priori* una relación unívoca que dependa del tamaño de esa “reserva”. Lo que sabemos en concreto es que la relación entre los “trabajadores de planta” y los “trabajadores a destajo” ha sido una preocupación constante del movimiento sindical petroquímico. Esa preocupación se refleja tanto en las pautas de negociación como en las tesis programáticas de la acción sindical, y resulta tanto de una estrategia ofensiva de lucha política como de una tentativa por neutralizar el riesgo que representa la subcontratación para la estabilización de un gran número de trabajadores petroquímicos.

El segundo aspecto podría ser igualmente tratado bajo nuevos puntos de análisis. Esto debido a que el “surgimiento de las clases medias en la estructura social” no parece darse necesariamente de un modo tan “alienado” y sin identidad, como sugiere Oliveira. Al contrario, el desarrollo capitalista entre nosotros, al transformar continuamente, desde los años cuarenta, las condiciones de vida y de reproducción de los estratos medios —pequeños comerciantes, pequeños hacendados, profesionales liberales, etc.— ha sacado a un número muy grande de familias de esas posiciones intermediarias. Tal cambio, que muchas veces tiende a ir hacia abajo, i.e. a los grupos de trabajadores, no deja

de reflejarse en la formación de generaciones continuas de “intelectuales”, buena parte de los cuales, por medio de una constante reinterpretación de las teorías y de las prácticas socialistas, se han transformado en cuadros y liderazgos de partidos, sindicatos y asociaciones de profesionales y de barrio. Más que esto, la extracción de clase “media” de los nuevos trabajadores-técnicos (obreros, analistas, instrumentistas, etc.) hace que el movimiento sindical adquiera un punto de referencia, bastante más exigente que en el pasado, para sus aspiraciones en cuanto a salarios, condiciones de trabajo y relaciones de autoridad.

Nos queda, al final, el discurso de la bahianidad, supuesto freno para el discurso de clase. Pero no se puede tratar a la bahianidad desvinculada del racismo y de la identidad negra, debido a que la primera busca interpretar, de modo elitista y conservador, al mismo sustrato social reflejado por los bahianos negros. Con base en esto, ¿qué relación se puede hacer en Bahía —y específicamente en Salvador— entre etnia y clase?

Las primeras clases sociales brasileñas fueron, ciertamente, esclavos y señores. La historiografía moderna, en especial los estudios sobre las rebeliones esclavistas (Reis, 1986), muestra que el conjunto de las etnias africanas sometidas a las relaciones de esclavitud superaron, en parte, sus diferencias culturales y su modo diferenciado de inserción en el orden esclavista construyendo una identidad étnico-religiosa.

Esos estudios tienen el mérito de demostrar que las revueltas y las rebeliones, antes consideradas movimientos de fanáticos religiosos o de minorías étnicas, como la revuelta de los Males, fueron, en realidad, revueltas de esclavos que, no obstante haber estado apoyadas por una identidad étnica, encontraron en el discurso religioso un instrumento de crítica social y un proyecto más completo de emancipación económica y política.

Fue justamente en Bahía donde el proceso de formación de la identidad negra avanzó más y dejó una herencia más persistente. Ahí, más que en ninguna otra parte de Brasil, los negros encontraron su identidad como oprimidos y explotados gracias a un tipo de sensibilidad religiosa que, después de la esclavitud, continuó moldeando la subjetividad popular. La esencia de la “bahianidad”, por tanto, está marcada por el color negro y por las creencias con matiz africano, cuya amargura como revuelta y desobediencia no pueden ser fácilmente descartados.

En la realidad, históricamente, el *candombié* fluctuó entre la revuelta y la adaptación, de la misma manera en que la política de los poderosos en relación con la religión afro osciló entre la represión y la concesión. Una zona de indefinición caracteriza exactamente lo que se llama resistencia. El *candombié* siempre fue un elemento privilegiado de resistencia: se asoció a revueltas esclavas y creó los más eficaces mecanismos de negociación entre los negros pobres y los blancos ricos y acomodados.<sup>3</sup>

La tradición de los estudios antropológicos sobre el tema destacan la inteligencia política del *candombié* al “adoptar” a los hijos de la clase media a fin de neutralizar la intolerancia religiosa contra los negros (Costa Lima, 1977; Bastide, 1971). Así, en lugar de haberse “descubierto” el *candombié*, transformándolo de resistencia cultural en su contrario, lo más correcto sería decir que la clase media fue, de hecho, admitida por él.

Otro momento ejemplar de la emergencia de la “bahianidad”, erróneamente considerado como neutralizador del reconocimiento de las clases, es el carnaval. En este “teatro” bahiano, los negros parecen afirmarse, de una manera más definitiva, como insubordinados, utilizando su imaginación para re-elaborar sus símbolos de identidad y de contraposición a las formas de opresión económica y cultural a que están sujetos (Risério, 1981). El carnaval de la calle está, hoy, más próximo a un ritual de los conflictos y de las diferencias sociales que a un ritual de inversión. Y esto es un elemento claramente entendido y políticamente elaborado en el lenguaje carnavalesco de los negros bahianos, inscrito en la práctica y en la simbología de los “afoxés” y de los “blocos” afros, incluso en sus canciones.

“Mientras que las antiguas canciones bahianas cantaban a la belleza de la mulata y de las playas, las nuevas canciones de los afoxés honran la belleza negra, la libertad del ‘negro’ y mapean en la música, en una reapropiación simbólica, los barrios ‘negros’ como el antiguo Pelourinho (plaza donde castigaban a los esclavos rebeldes)...” (Agier, 1987:25).

¿Y qué decir de la violencia del carnaval? En este aspecto, se desmorona completamente la dimensión pacífica de la “bahianidad”. De tal forma que la agresividad popular es ejercida

<sup>3</sup> Este párrafo, así como los seis siguientes, fueron escritos en coautoría con João José Reis, a quien expresamos nuestro agradecimiento.

con un sentido étnico-clasista, haciendo que el carnaval de Bahía sea no sólo deslumbrante, sino también temeroso para el “Otro”, proveniente de la misma tierra o de fuera. Tan desagradable es la negritud mal comportada de los “negros” y “negritas” que los dominantes y los “superrepresentados” buscan espacios “más blancos”, en Salvador mismo o afuera de él, cada vez con más intensidad, hasta el punto de que el carnaval de barrios ha sido últimamente reactivado.

La negritud tiene también su vertiente abiertamente política en los movimientos negros como el “Movimiento Negro Unificado Contra la Discriminación Racial”, autoubicándose, por su discurso, en la simbología de la exclusión social, “confirmando así la representación de la cuestión del color a través de la problemática social, pero también participando, del mismo modo, de una definición en términos raciales de las diferencias sociales” (Agier, 1987:26).

En el contexto de las clases sociales en formación, la nueva clase obrera está, como lo destacó Agier, en la línea de cruce entre la exclusión y la ascensión social, entre la identidad negra y la blanca. Por un lado, sus nuevas condiciones de vida la sitúan en la ruta de ascensión, lo que étnicamente puede equivaler a un blanqueamiento (nótese, en este sentido, que uno de los barrios de mayor concentración de trabajadores petroquímicos es la Libertad, espacio privilegiado de cultivo y de expresión de la negritud bahiana). Pero, por otro lado, “el sistema de relaciones sociales en el cual ellos (los modernos obreros) se encuentran, así como la trayectoria que recorren hasta llegar al polo y su *status* en las relaciones de trabajo, los traen de regreso a las bases de la jerarquía social” (Agier, 1987:23).

Parece entonces adecuado creer que difícilmente se podría restringir las condiciones de reconocimiento del “enemigo social”, como lo denomina Oliveira, a las condiciones materiales y económicas de la producción. Hacerlo es importante para simplificar ilegítimamente lo que serían las condiciones objetivas del proceso de formación de las clases, abdicando el entendimiento de las diferencias culturales, políticas e ideológicas, que particularizan siempre los espacios regionales. Más aún, descalificando la objetividad de las prácticas ideológicas y políticas para la formación de los intereses de clase y, al hacerlo, perdiendo la oportunidad de cuestionar esos mismos intereses.

O sea, si las clases son sujetos históricos, ¿por qué insistir en concebir apriorísticamente sus intereses en lugar de buscar entender su constitución histórica? ¿Por qué insistir en considerar como un “desvío” los compromisos y las alianzas de clase? ¿Por qué concebir como “clase-en-sí”, y por tanto sin consecuencias políticas positivas, a los sujetos de las prácticas populares que expresan la situación de opresión y de explotación por medio de otras identidades sociales?

Se hace necesario, entonces, reformular el estatuto de las clases para que su teoría tampoco pueda transformarse en una verdad absoluta vulgar, que define *a priori* todos los conflictos sociales como luchas de clases, y se convierta, así, en una afirmación no verificable de que las luchas de clase —siempre, en cualquier coyuntura— son el motor de la historia.

Antes convendría considerar a las clases según la estrategia metodológica de Przeworski (1977), quien afirma que la formación de las clases es el resultado de luchas sociales que definen una cierta trayectoria histórica. Para dar eficacia a tal metodología, es necesario, antes que nada, regresar a Gramsci para cuestionar dos campos fenomenológicos fundamentales: el proceso de construcción de la hegemonía (tanto de una clase sobre otras, como de una fracción de clase sobre las otras) y el proceso de constitución de los intereses sociales de la clase.

Las clases son relaciones y las clases pueden ser también sujetos históricos dotados de intereses y voluntad. Sin embargo, los intereses no están dados sólo por las relaciones sociales de producción. Y, por otro lado, cuando se refieren a la producción, las relaciones expresan intereses formados no solamente al descubrir la contradicción, sino también en la experiencia de las diferencias que permiten el establecimiento de compromisos.

Finalmente, lo que define las relaciones de producción es la institucionalización de ciertas reglas de relacionamiento entre las clases, las cuales no pueden ser reproducidas de modo automático. Tanto su reproducción como su transformación pasan por el conflicto. Para ser obvio: ni la reproducción de las relaciones de producción queda garantizada con el acto de la compra y venta de la fuerza de trabajo, ni los trabajadores se obligan necesaria y exclusivamente a desarrollar intereses para superar esas relaciones.

Metodológicamente, por tanto, lo que la teoría de las clases

permite es un análisis histórico de cómo los intereses de las clases se constituyen, formando identidades y subjetividades que definen ciertas formas de cooperación y de antagonismo.

#### IV

Retomemos, ahora, a manera de conclusión, algunos elementos de contenido que fueron señalados en las partes anteriores del texto.

Vimos que, para negar la conformación de los intereses de clase, Oliveira presenta el proceso de desarrollo económico por el que pasa Bahía, en la segunda mitad de este siglo, como un proceso sin sujetos locales, fruto de la lógica abstracta del capital, conducido por un Estado fetichizado o por una burguesía sin burgueses. Vimos también que Guimaraes (1982), al estudiar la formación de la hegemonía burguesa en Bahía, presenta una historia diferente.

De hecho, las clases dominantes bahianas, después de ser aniquiladas financieramente por la crisis de los años veinte y tras de ser políticamente derrotadas por la revolución de 1930, se rearticulan, en los años cuarenta, alrededor de un liderazgo claramente burgués que fue capaz de construir y ejercer una hegemonía política y cultural sobre el conjunto de la sociedad local. Esto se expresa en el proyecto de desarrollo regional forjado por esa burguesía bancaria, que encontró en Clemente Marianni a su intelectual más notable, y en los desdoblamientos de este proyecto en la Comisión de Planeación Económica (CPE) del Gobierno del Estado, representado por Rómulo de Almeida.

Al omitirlos, se elude la principal condición política que permite la asociación posterior de esos capitales bancarios con el capital internacional y el capital estatal, así como, y principalmente, se eluden las condiciones ideológicas concretas en que emergió el obrero de Petrobras y, posteriormente, el del polo petrolero.

Es verdad que el obrero de Petrobras no veía en la empresa a un "enemigo". Eso, a pesar de todo, se debió a la eficacia de una gestión del personal burocrático-paternalista que transformaba a cada empleado en un colaborador activo y principalmente al ejercicio de una hegemonía burguesa cuyo liderazgo político

y cultural, más que el simple discurso nacionalista, transformaba las inversiones de Petrobras en Bahía en “intereses bahianos”.

La sugerencia de una conciliación política, que emana de la tesis de una “aristocracia obrera” reavivada por Oliveira, no encuentra sustentación en el activismo político de una categoría que efectivamente encabezó, junto con los bancarios, los ferroviarios y los portuarios, las luchas obreras de aquel período. En cuanto a la ideología de estos obreros, sobresale, junto a su “nacionalismo”, la adquisición de características locales muy propias. De hecho, la preocupación de los representantes nacionales de los petroleros, centralizados en Río de Janeiro, era justamente el “regionalismo” de sus compañeros bahianos, que hacían huelgas para forzar la transferencia de la sede de la empresa a Salvador y centraban sus luchas en el objetivo de ser representados en la dirección de la empresa por compañeros, por ingenieros y por políticos bahianos.

El error tal vez consista en tomar por “falsa representación”, determinada por la ausencia del Otro, negando su carácter de clase, a la representación de intereses que atestiguaban justamente la presencia hegemónica de este Otro.

Así, a pesar de la permanencia en escena de aquellos factores señalados por Oliveira (diferencia de salarios, nacionalismo e inversión estatal), una vez modificadas las condiciones objetivas, como la antigua hegemonía burguesa y la forma de gestión de la fuerza de trabajo, una vez roto el enclave petrolero y constituidas las nuevas camadas burguesas, cambia radicalmente la naturaleza de los intereses obreros en Bahía. Ignorar estos aspectos tiene como grave consecuencia analizar a los nuevos trabajadores de la petroquímica con los mismos parámetros utilizados para los trabajadores del Petrobras anterior a 1964.

Mientras tanto, el golpe de estado de 1964 fue, también en el espacio regional, y por razones específicas, un claro partea-guas. A partir de él se constituyeron nuevas condiciones objetivas que estructuraron una nueva subjetividad obrera. Para ello, cuatro procesos fueron fundamentales.

Primero, el golpe significó la sustitución de la hegemonía política y cultural de la burguesía, de la cual el regionalismo de los petroleros fue una expresión, por un control oligárquico del Estado que prescindió de la sustentación obrera para viabilizar la industrialización regional.

Segundo, la oligarquía en el poder consiguió efectivamente, por medio de recursos federales y de alianzas con la tecnoburocracia estatal y el empresariado nacional y extranjero, desviar el eje de la economía bahiana para centrarlo en la petroquímica. Los efectos de esta desviación sobre el conjunto de la economía —principalmente sobre la circulación mercantil y monetaria, sobre los servicios industriales y sobre otros segmentos de la industria— “descaracterizaron” lo que antes parecía ser un “enclave petrolero”.

Tercero, los dos procesos descritos fueron experimentados en las modernas fábricas que se instalaron en la región a través de formas de gestión de la fuerza de trabajo más autoritarias y más racionalistas a un mismo tiempo. Tal como fue observado por Humphrey en el caso de la industria automovilística, en estos regímenes fabriles el acento se ha puesto en la concesión de beneficios indirectos y salarios superiores a la media del mercado, para estimular y compensar al trabajador por la rigidez disciplinaria, por la alta calificación y por la intensificación del trabajo exigidos. En el caso particular de la petroquímica, a estos riesgos a la vida hay que agregar la contaminación tóxica en la que están envueltos. Desaparece, por tanto, cualquier posibilidad de, a partir de las fábricas, reconstruir la solidaridad de los intereses obreros y los intereses burgueses más generales.

Cuarto, la reciente industrialización alteró significativamente la estructura regional de las clases y, como ya se indicó, permitió la emergencia de una burguesía petroquímica, suficientemente alejada de la burguesía de *entrepreneurs*, que sería mejor descrita como una comunidad de intereses oligopolísticos.

Peter Evans (1982) estudia el proceso de formación de la nueva burguesía industrial bahiana y de la comunidad de intereses en torno al polo como un proceso de “reivindicación de las burguesías locales” a partir de la acción del Estado, estando bien documentado por Marcos Suárez (1986), quien estudia el nexo entre la tecnoburocracia estatal y la industria petroquímica. Lejos de ser una burguesía sin burgueses, sus cuadros locales son extremadamente activos en la representación de esa comunidad oligopolística, tripartita, compuesta por empresarios locales, extranjeros y tecnoburócratas.

Esa nueva burguesía tiene facetas bien conocidas y es portadora de un nuevo proyecto de hegemonía cultural bastante visi-

ble hoy en la sociedad bahiana, y el cual se expresa en la fundación de nuevos institutos de estudios económicos y sociales así como en un vigoroso mecenismo artístico y cultural. Esta burguesía, no obstante, en el plano de la gestión del trabajo por ella dirigida, no ha sido capaz de conformar los intereses obreros, como lo hizo en el pasado. Las razones de ello residen en un conjunto de condiciones objetivas y subjetivas que apenas empiezan a ser explicadas. Entre ellas destacan:

a) el mantenimiento de la antigua estructura corporativista de relaciones industriales en un contexto que anuló las funciones "integrativas" de los sindicatos, forzándolos así a regresar a las bases (Guimaraes, 1985);

b) la posición oligopólica y la alta composición orgánica del capital de esas industrias que permiten el pago de salarios por encima del nivel de subsistencia de sus trabajadores;

c) la naturaleza del proceso productivo que exige, en gran parte, una fuerza de trabajo con escolaridad media, con alguna formación técnico-científica y un relativo control sobre el proceso de trabajo;

d) la concentración física de las plantas y la consecuente unidad de representación sindical;

e) el mantenimiento de formas autoritarias de gestión del trabajo en un contexto de crisis del autoritarismo de Estado;

f) el origen social de clase media de un gran número de trabajadores y su experiencia en el movimiento estudiantil, que potencializó los recursos organizacionales e ideológicos disponibles;

g) el control relativo que adquiere esa fuerza de trabajo sobre sus medios de subsistencia, una vez que, gracias a su origen social o a su nivel salarial, sea posible contar con alguna reserva de recursos en el caso de desempleo.

Entre los petroquímicos, el núcleo de este proceso de formación de clase lo constituían precisamente los operadores de proceso (Guimaraes, 1986; 1987a; 1987b). Esto se debió a diversos motivos, muchos de los cuales aún no han sido suficientemente elucidados. En primer lugar, los operadores de proceso forman un segmento clave en la producción petroquímica y están sujetos a condiciones de trabajo bastante insatisfactorias, entre las cuales destacan el estancamiento de su carrera profesional y el trabajo por turno; en segundo lugar, ellos tienen mayor capacidad de movilizar recursos ideológicos y organizacionales; en ter-

cero, la extracción social de estos trabajadores se sitúa en un espectro que abarca familias de pequeños comerciantes y pequeños hacendados del interior, así como familias de profesionistas empobrecidos. Esta extracción social, junto a salarios relativamente altos que posibilitan algún ahorro, proporciona una situación en que su impulso al trabajo en la petroquímica no es total, debido al posible acceso a fuentes alternativas de renta, y se traduce en el surgimiento de liderazgos que efectivamente se automatizan frente a la estricta disciplina fabril.

Estamos muy lejos, así, de los años sesenta, cuando el perfil del obrero industrial de Salvador estaba marcado sobre todo por los trabajadores de las pequeñas y medias empresas. En aquella época, autores como Iancsó (1970) y Carvalho (1971) podrían excluir sin remordimiento a los petroleros de su estudio debido a su atipicidad y, estudiando las actitudes obreras frente a la llamada sociedad industrial, pudieron concluir que:

a) una clase obrera frágil, cuantitativamente poco significativa, se diluyó en la masa de la producción;

b) las relaciones industriales y las de clase son oscurecidas por su coexistencia con el personalismo y las relaciones primarias del pequeño grupo, o con el paternalismo patronal,

c) la dispersión industrial y la debilidad de la mano-de-obra asalariada fabril ocasionaron su exposición a factores e influencias de orden más local.

Es comprensible que estos factores “influyan en la formación de las actitudes obreras(...) acentuando la ausencia de condición para que determinadas ideas, valores y componentes puedan constituirse como específicamente obreras, a partir de una autodefinición como una categoría particularizada de productores, con una situación específica frente al sistema social global” (Carvalho, 1971: 36-37).

Las bases subjetivas de aquel antiguo movimiento obrero parecen estar definitivamente sepultadas. Tampoco se podría considerar que con la emergencia de su nuevo sindicalismo Bahía expresara, a pesar de ser del noreste, aquellos trazos que Soares (1985) generaliza, a partir del estudio de Pernambuco, como característicos del obrero del noreste. En el capitalismo, tal como se desarrolla hoy en las industrias principales de Bahía, no falta modernidad en las relaciones capital-trabajo en lo que se refiere a los mecanismos de sujeción de la fuerza de trabajo. A pesar

de que prevalezcan fuertes facciones oligárquicas, las clases dominantes locales y el empresariado petroquímico en su triple alianza tienen otros elementos, además de la tradición de mando clientelístico, sobre los cuales asentar su conducta política.

Además, hoy no prevalecen más, en las circunstancias de una crisis económica, política e ideológica, las condiciones que permitieron en el pasado que compromisos y negociaciones acerca de los salarios se transformasen en compromisos políticos e ideológicos, esto es, en compromisos de clase.

Por último, cabe señalar que el desarrollo capitalista es desigual y excluyente, y crea abruptas diferencias entre regiones y segmentos. La búsqueda de la especificidad regional en la formación de las clases, y de los trabajadores en particular, habiendo rechazado un conocimiento *a priori*, no debe reducirse sólo a afirmar la singularidad del particular. Debe, antes, indicar cómo los determinantes generales que afectan el movimiento de toda la formación social ganan concreción por medio de factores que posibilitan y condicionan las expresiones regionales.

Traducción: Neusa Hidalgo Monroy

## Bibliografía

- Ager, Michel, "Industrialização e mudanças nas relações sociais e raciais na Bahia- Reflexões e hipóteses de trabalho", trabajo presentado en el XI Encontro Anual da ANPOCS-GT, "Processo de Trabalho e Reivindicações Sociais", São Paulo, 1987.
- Almeida, Maria Herminia Tavares de, "Desarrollo capitalista y acción sindical", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XI, núm. 2, abril/junio, 1987, pp. 467-492.
- Azevedo, José Sergio Gabriel, *Industrialização e incentivos fiscais na Bahia: uma tentativa de interpretação histórica*, disertación presentada en la Maestría en Economía de la Universidad Federal de Bahía (UFBA), 1975.
- Bahia, SIC (Secretaria de Indústria e Comércio), DIC (Departamento de Indústria e Comércio), *A indústria no Estado da Bahia*, Salvador, 1983, 336 pp.
- Bahia, Secretaria do Trabalho e Bem Estar Social, *Mao de obra industrial na Bahia*, Salvador, vol. 1, s/f.
- Bastide, Roger, *As Religiões Africanas no Brasil*, São Paulo, Pioneira, 1971.
- Camarano, Ana Amélia, "Migração e Estrutura Productiva: o caso das regiões metropolitanas nordestinas", *Revista Brasileira de Estudos de População*, vol. 3, núm. 2, julio/diciembre, 1986, pp. 23-46.
- Carvalho, Inalã Maria Moreira de, *Operários e Sociedade Industrial na Bahia*, Salvador, UFBA, Coleção Estudos Balanos, núm. 4, 1971.
- Castro, Nádyra Araujo, "Ejército de reserva: su especificidad y comportamiento político en el desarrollo del capitalismo en Brasil", tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- \_\_\_\_\_, "O emprego nao-agrícola no Estado da Bahia (1950-1975)", *Fora de Trabalho e Emprego*, vol. 1, núm. 3, enero/abril, 1983, pp. 12-22.

- Costa Lima, Vivaldo, "A família-de-santo nos candombiés J Je-Nagos da Bahia: um estudo de relações intergrupais", tesis de maestría, Maestría en Ciencias Sociales da UFB, 1977.
- Erickson, Kenneth Paul, *The Brazilian Corporative State and Working-Class Politics*, Berkeley University of California Press, 1977.
- Evans, Peter, "Reinventing the Bourgeoisie: State Entrepreneurship and Class Formation in Dependent Capitalist Development", *American Journal of Sociology*, vol. 88, suplemento, 1982.
- Faria, Vilmar Evangelista de, "Divisão inter-regional do trabalho e pobreza urbana: o caso de Salvador", en Guaraci A. de Souza, y Vilmar Faria (orgs.), *Bahia de Todos os Pobres*, Petrópolis, Vozes/CEBRAP, 1980.
- Franco, Tania Maria de Almeida, "O processo de trabalho numa indústria textil —Um estudo de caso", disertación presentada en la Maestría en Ciencias Sociales de la UFB, 1982.
- \_\_\_\_\_, "Considerações sobre as tendencias do emprego na Bahia de 1950 a 1980", *Fora de Trabalho e Emprego*, vol. 1, núm. 2, Salvador, SUTRAB/SINE, 1984.
- Gray, R.Q., *The Labour Aristocracy in Victorian Edinburgh*, Oxford, 1976.
- Guimaraes, Antonio Sérgio, "A formação e a crise da hegemonia burguesa na Bahia", disertación de maestría, Maestría en Ciencias Sociales, UFB, 1982.
- \_\_\_\_\_, "Movimiento sindical e formação de classe no Brasil nos anos setenta", *Universitas*, núm. 33, julio/septiembre 1985.
- \_\_\_\_\_, "Regime fabril e formação de classe na indústria petroquímica da Bahia", *Relações de trabalho e relações de poder*, vol. I, Fortaleza, UFC/CNPQ/ANPOCS/FINEP, 1986, pp. 262-285.
- \_\_\_\_\_, "Estrutura e formação das classes sociais na Bahia", *Novos Estudos Cebrap*, núm. 18, São Paulo, septiembre, 1987.
- \_\_\_\_\_, "Organização e gestão do trabalho na petroquímica", Salvador, Datil, 1987.
- \_\_\_\_\_, y Nády Castro, "Movimento sindical e formação de classe", *Cuadernos CRH*, núm. 4, Salvador, CRH/UFB, 1987, 31 pp.
- Guimaraes, Iracema y Nády Castro, "O que é que a baiana faz?", *Cuadernos CRN*, núm. 5, Salvador, CRH/UFB, 1987, 27 pp.
- Hobsbawm, E.J., "Lenin and the Aristocracy of Labor", *Marxism Today*, julio, 1970.
- Humphrey, John, "Operários na indústria automobilística do Brasil", *Estudos CEBRAP*, 1979.
- \_\_\_\_\_, *Fazendo o "Milagre": controle capitalista e luta operária na indústria automobilística brasileira*, São Paulo, CEBRAP/Vozes, 1982, 251 pp.
- Jelin, E. y J. Torres, "Os novos trabalhadores na América Latina: uma reflexão sobre a tese da aristocracia operária", *Dados*, vol. 25, núm. 2, Rio de Janeiro, 1982.
- Lopez, João, "As campanhas salariais e a mobilização dos trabalhadores químicos e petroquímicos da Bahia", *Relatorio Preliminar de Pesquisa*, CRH/UFBA, Salvador, 1987.
- Marx, Karl, *El capital, libro I capítulo VI* (inédito), 5a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1975, 176 pp.
- Moorhouse, M.F., "The Marxist Theory of the Labour Aristocracy", *Social History*, vol. 3, núm. 1, 1978.
- Oliveira, Francisco, *Elegia para uma re(II)gião*, Paz e Terra, Rio de Janeiro 1977.
- \_\_\_\_\_, *O elo perdido —Classe e identidade de classe*, São Paulo, Brasiliense, 1987 134 pp.
- Pecchia, Giuseppe Antonio, "Controle e resistencia da força de trabalho numa indústria petroquímica: a COPENE", disertación de maestría, Departamento de Ciencia Política, UFMG, 1985.
- Przeworski, Adam, "Proletariat into a Class: the Process of Class Formation from Karl Kautsky's *The Class Struggle* to Recent Controversies", *Politics and Society*, núm. 4, 1977.

- Reis, João José, *Rebellão Escrava no Brasil — A história do levante dos Malês (1835)*, São Paulo, Brasiliense, 1986, 293 pp.
- Riserio, Antonio, *Carnaval Ijexá: notas sobre afoxés e blocos do novo carnaval afro-baiano*, Salvador, Corrupio, 1981.
- Rodriguez, José Albertino, "Movimiento sindical e situação da classe operária". *Debate e Crítica*, núm. 2, enero/junio, 1974, pp. 98-111.
- Soares, José Arlindo, "Os limites do novo sindicalismo no Nordeste", trabajo presentado en el IX Encontro Anual da ANPOCS-GT, "Classe Operária e Sindicalismo", São Paulo, 1985, 32 pp.
- Suárez, Marcos Alban, *Petroquímica e Tecnoburocracia*, São Paulo, HUCITEC, 1986.
- Vianna, Luis Werneck, "Questões Atuais sobre o Sindicalismo", *Ensaio*, año II, núm. 4, 1978.
- Weffort, Francisco, *Participação em Conflito Industrial*, Caderno núm. 6, São Paulo, CEBRAP, 1972.
- \_\_\_\_\_, "Os Sindicatos na Política (Brasil 1955-1964)", *Ensaio Opinião*, núm. 2/5, 1978.
- \_\_\_\_\_, "Democracia e Movimento Operário: algumas questões para a história do período 1945-1964", partes 1 y 2 en *Revista de Cultura Contemporânea*, núms. 1/2; parte 3 en *Revista da Cultura e Política*, núm. 1.